



MEGAN MAXWELL

Las guerreras Maxwell, 9

LIBRE COMO EL VIENTO

Las guerreras
Maxwell, 9.
Libre como el viento

Megan Maxwell

Capítulo 1



El laird Duncan McRae, que era más conocido entre los escoceses como *el Halcón*, revisaba unos papeles relativos a sus negocios en el despacho de su castillo de Eilean Donan con su amigo Kieran O'Hara.

Desde hacía años, ambos se dedicaban junto con otros socios a la cría de vacas y ovejas, siendo la venta de lana de estas últimas un fructífero negocio para ellos. La lana de las ovejas de las Highlands, y en especial la suya, era muy apreciada, y los dos amigos estaban hablando del tema cuando Kieran preguntó:

—¿Contento con la inversión que hemos hecho con los caballos?

El laird revisó los papeles y asintió. Desde hacía un tiempo había entrado también en el negocio de la cría de caballos con Kieran y otros socios.

—Más que yo, quienes están contentas son mis amores —afirmó.

Su amigo sonrió. Por todo el mundo era bien sabido que los «amores» del Halcón eran su mujer Megan y sus dos hijas, Johanna y Amanda. El amor que el guerrero profesaba por las tres no tenía límites, aunque siempre lo estuvieran sacando de sus casillas.

Sus hijas habían heredado el carácter de él y la impaciencia y la irreverencia de su madre, Megan. Algo que al guerrero le gustaba, pero al mismo tiempo lo inquietaba. Ser mujeres, no soportar la injusticia y ser osadas era peligroso en los tiempos que corrían, y más de una vez eso había hecho que se metieran en problemas.

Otra cosa que a Duncan lo angustiaba era el magnetismo que aquellas despertaban en los hombres. Eran unas preciosas jovencitas de ojos verdes como los suyos y cabello oscuro como el de su madre, y en cuanto los hombres las veían aparecer, se las comían con la mirada. Las chicas sabían manejar muy bien ese tipo de situaciones gracias a las enseñanzas de su madre, pero a Duncan lo ponía enfermo. Eran sus hijas. Sus niñas. ¿Por qué tenían que miraras así?

A Megan, en cambio, le hacía gracia la actitud de su marido. Duncan las sobreprotegía sin darse cuenta de que sus niñas crecían y algún día se enamorarían, le gustara a él o no. Y, por consiguiente, ese día temblaría Escocia.

Los dos hombres seguían revisando los papeles cuando se abrió la puerta del despacho y aparecieron Megan y Angela.

—Y entonces Amanda —contaba la primera—, al oír lo que aquel patán decía de nuestra lana, se encaró con él y...

—¿Y le dijo de todo? —sugirió Angela.

Megan asintió divertida y su amiga soltó una risotada. Adoraba a las hijas de Megan por su forma de ser.

—No es motivo de risa —intervino Duncan, que sabía de lo que hablaban—. Ferdinand O'Connor es...

—Por favor... —lo interrumpió Megan dándose aire con la mano a causa del calor—. Ferdinand O'Connor es un patán que tiene la lengua muy larga. Y, mira, si te soy sincera, alégrate de que fuera Amanda y no yo quien oyera su feo comentario, porque, de lo contrario, encararme a él habría sido lo mínimo que habría hecho.

Duncan suspiró, aunque sonrió por dentro. La irreverencia de su mujer lo seguía volviendo loco. Sin embargo, intentando hacer ver que estaba molesto, continuó:

—Aun así, Amanda...

—Pero ¿no había sido Johanna? —preguntó Kieran.

Megan sonrió, lo que le hizo saber a Kieran que aquella historia tenía una segunda parte.

—Johanna, al ver que aquel tipo se encaraba con su hermana, fue quien le puso la espada en el cuello y lo echó del lugar —aclaró.

—¡Por san Ninian! —se mofó Kieran.

—¡Esas son mis chicas! —afirmó Angela divertida.

—La impaciente, la retadora y la contestona —masculló Duncan nombrando los apelativos con los que eran conocidas su mujer y sus hijas.

Eso hizo soltar una carcajada a Megan, la impaciente, que, agarrándose a su marido, cuchicheó:

—No gruñas. En el fondo te gusta que seamos así.

Duncan resopló. La mezcla de sentimientos que a diario le despertaban las mujeres de su vida lo tenían siempre en un sinvivir.

—Prefiero no comentar nada —gruñó mirando a su esposa.

Los demás presentes esbozaron una sonrisa y, acto seguido, Kieran preguntó:

—Por cierto, ¿dónde están ahora?

—En Inveraray, visitando a una amiga que ha sido mamá —explicó Megan.

—¡Oh, qué bonita noticia! —afirmó Angela.

Todos sonrieron y Duncan añadió:

—A su regreso pasarán por Oban para comprar lo que necesitamos para los cercados.

Kieran asintió. Necesitaban unas bridas especiales.

—Le hemos mandado una misiva a Zac para que las espere junto con sus hombres en el Ben Nevis —continuó Duncan—. Él ya sabe dónde.

—¿El Ben Nevis? —murmuró Angela.

Duncan la miró. Sabía por qué se extrañaba. En los dos últimos meses habían asesinado a varias personas en el Ben Nevis y provocado innumerables incendios durante la noche, algo que tenía conmocionada a la zona, y más porque aún no se había apresado a los culpables.

—Las protegen cincuenta hombres, comandados por Myles y Ewen, más los que añada Zac —matizó Duncan—. Yo mismo habría ido a recogerlas, pero Megan...

—Si tus hijas te ven aparecer para custodiarlas como unos bebés, ¡no te lo perdonan! —aseguró esta última.

Duncan asintió ante la sonrisa de Kieran. Sabía que su mujer tenía razón. Las sobreprotegía.

—Dentro de unos días estarán aquí —añadió ella—. No te preocupes, cariño, y confía en ella y en los hombres.

Kieran y su mujer se mostraron conformes. Entendían a Duncan y entendían a Megan.

—Veo que los preparativos para la celebración ya están casi finalizados —comentó entonces Kieran mirando por la ventana.

Megan y Duncan asintieron gustosos. Todos los veranos les encantaba dar una fiesta que duraba una semana para sus amigos y sus gentes en el castillo de Eilean Donan.

—Quedan pocos días para que dé comienzo —afirmó ella.

—¡Qué emoción! —exclamó Angela.

—Mi hermana Shelma y Lolach llegarán esta noche con Axel, Alana y Jane y el marido de esta, y dentro de dos días lo harán Gillian y Niall. Y, bueno, a lo largo de estos días irán viniendo distintos invitados procedentes de las Highlands. Pero vosotros ya estáis aquí, y eso me emociona. Por cierto, ¿cuándo fue la última vez que visteis a Zac y a Sandra?

Acercándose a su mujer, Kieran le cogió la mano y, tras besársela con cariño, respondió:

—Hace menos de una semana. Me dijeron que harían este viaje con los McGregor.

Duncan lo miró.

—¿Aiden, Harald y sus mujeres no vienen?

—No —repuso Angela—. Están en Stirling. Los apena mucho no poder asistir y esperan poder pasar a saludaros en otro momento.

Duncan asintió gustoso.

—Siempre serán bien recibidos en nuestro hogar.

Megan sonrió. La entristecía no ver a aquellos, pero deseaba conocer a Beth, la mujer de Iver McGregor, puesto que a él ya lo conocía. Su hija Johanna le había comentado que había coincidido con ellos una noche de tormenta junto a su padre Duncan, cuando este fue a recogerla de uno de sus compromisos, y quedó impresionada por la joven.

—¿Quiénes de los McGregor vendrán? —preguntó Megan con curiosidad.

—Peter e Iver con sus mujeres, Carolina y Beth. Y también Alan McGregor —indicó Kieran.

Ella asintió y entonces se percató de que Angela sonreía. ¿Por qué lo hacía? Así pues, la cogió de la mano e indicó:

—Vamos. Quiero enseñarte el precioso caballo que me ha regalado Duncan.

El aludido levantó la mirada de sus papeles y sonrió. Regalarle a su mujer un caballo era mejor que regalarle la joya más preciosa.

Una vez que ellas salieron del despacho y cerraron la puerta, Megan interrogó a su amiga:

—¿Por qué sonreías?

—Por nada.

—¡Pelirrojaaaaaa!

Las dos mujeres se miraron. Estaba claro que Angela sabía algo que Megan desconocía. Entonces la primera, bajando la voz, añadió:

—Alan McGregor está soltero. ¿Y si Amanda o Johanna se fijaran en él?

—Pobre. Lo compadezco...

—¡Megan! —Angela rio.

La aludida sonrió. Por norma, los hombres que solían fijarse en sus hijas salían escaldados. Johanna y Amanda, a pesar de ser unas dulces y educadas jovencitas, tenían una personalidad fuerte y arrolladora como la suya y la de su marido.

—Alan es alto, gallardo, agradable, un buen guerrero y un hombre cultivado —añadió Angela—. Y, por lo que Kieran me cuenta, las mujeres se desmayan al verlo.

Sin darle importancia Megan sonrió; nada de aquello había impresionado nunca a sus hijas, pero su amiga insistió:

—Créeme, es imposible no fijarse en él.

—A ver, Angela... Mis hijas tienen ojos, y si es un hombre en el que fijarse, se habrán fijado. Tontas no son. Pero, créeme, impresionarlas, no lo creo.

—Alguno las impresionará...

Megan resopló y, sabedora de lo que decía, indicó:

—Eso quisiéramos su padre y yo. Pero ninguno es santo de su devoción. Y, aunque Duncan les ve defectos a todos, comienza a impacientarse.

Ambas sonrieron y Megan, sin perder un segundo más en darle vueltas a ese tema, que no le preocupaba lo más mínimo, afirmó:

—Vamos, quiero enseñarte a *Volucer*, ¡es impresionante!

Capítulo 2



Mientras amanecía, Johanna y Amanda McRae disfrutaban de sus últimos momentos en la casa de su amiga Thelma en Inveraray.

Durante toda su vida esta última había vivido en el castillo de Eilean Donan, donde trabajaba junto a su madre en las cocinas. Desde pequeñas Thelma, Johanna y Amanda habían tenido una conexión especial, y la amistad que se profesaban era sincera e infinita.

Dos años atrás, durante las fiestas de Dornie, un pueblo colindante al castillo de Eilean Donan, la joven Thelma conoció a un herrero llamado Josh, y el amor surgió entre ellos para desconcierto de sus amigas. Johanna y Amanda no veían en aquel individuo tan callado y reservado al hombre que su amiga se merecía, pero, tras varios meses de noviazgo, Thelma y Josh se casaron, y ella, enamorada, se mudó a vivir a una casita en Inveraray, lugar de residencia de Josh.

Gustosa y encantada, Amanda tenía al pequeño Lucas en brazos. Le encantaban los niños, y aquel bebé era una preciosidad. Le dio un cálido beso en la cabecita y murmuró:

—Adoro cómo huelen los bebés.

—Huelen a inocencia, como dice papá —afirmó Johanna.

—Quiero tener una docena —insistió Amanda.

Thelma rio divertida; la felicidad por su bebé era tremenda. Miró a sus amigas y dijo metiendo algo en una bolsa de cuero marrón:

—Aquí va un trozo de bizcocho por si a Amanda le entra el hambre desesperante.

Las tres soltaron una carcajada. Cuando Amanda tenía hambre se volvía irascible.

—¡Qué bien me conoces! —musitó la aludida divertida.

—Como para no conocerte —se mofó Thelma—. Nunca se me olvidará el día que nos perdimos en el bosque y casi nos matas a tu hermana y a mí por culpa de tu maldita hambre desesperante.

Todas volvieron a reír. Haber vivido juntas desde niñas hacía que atesoraran infinidad de recuerdos.

—Estoy tan feliz de haber pasado estos días junto a vosotras que odio que os tengáis que marchar —murmuró la joven al cabo.

—¿Por qué no te vienes con nosotras? —propuso Johanna—. Dentro de unos días será la fiesta de Eilean Donan, y todos se alegrarán de verte y de conocer a Lucas.

—Tu madre se volvería loca de felicidad —apostilló Amanda. Thelma negó con la cabeza.

—No es momento de ir.

—Venga ya... —se quejó Johanna.

—Thelma —insistió Amanda—, pero si Josh también ha dicho que sería una excelente idea.

—Josh puede decir misa —gruñó Thelma—. No quiero viajar. Lucas es muy pequeño.

Las hermanas intercambiaron una mirada.

—Parad de insistir, por favor —pidió Thelma.

Johanna y Amanda se miraron de nuevo. Estaba claro que su amiga era tan cabezota como ellas. Y entonces esta, para relajar el momento, comentó mirando a Johanna:

—Ulrich Person se acordará de ti el resto de su vida.

Al oírlo las tres rieron. Dos noches atrás, cuando estaban esperando a Josh en la taberna que había frente a la herrería, el tal Ulrich había osado darle una palmada en el trasero a Johanna al pasar por su lado. A la joven eso le había molestado mucho y, sin pensarlo, y obviando que Ewen y Myles ya iban a por el tipo en

cuestión por propasarse, le dio un tirón a la falda que aquel llevaba, se la arrancó y lo dejó semidesnudo en la taberna para diversión de todos cuantos los rodeaban.

—Él se lo buscó —afirmó Johanna.

—Y tanto —aprobó Amanda.

Se miraban divertidas cuando Thelma, acercándose a la ventana, echó un vistazo a través del cristal e indicó dirigiéndose a Johanna:

—¿Sabes que tienes loquito a Calum Marshall, el hijo del laird Robert Marshall?

Ella asintió. Calum, hijo del laird de las tierras de Inveraray, era amigo de Josh. Se acercó también a la ventana, al verlo junto a su padre y otros guerreros, e iba a hablar cuando Amanda indicó:

—Demasiado simple para mi hermana.

—¡Amanda! —se mofó Johanna.

Thelma soltó una risotada. Amanda no se callaba una.

—Pero ¿no ves que no deja de tocarse el pelo? —la oyó decir a continuación.

Divertidas, las tres se miraron. Amanda tenía razón.

—Es un poco estirado y presumido, pero no es desagradable —comentó Johanna.

—El Pelines es insufrible.

—¡Amanda, que nadie te oiga llamarlo así! —protestó su hermana divertida.

La aludida soltó una carcajada, y Thelma señaló a continuación dirigiéndose a Johanna:

—No me digas que por fin te ha impresionado un hombre como Calum...

Ella negó con la cabeza. Calum era un guerrero imponente, pero no, no la había impresionado de la manera que su amiga indicaba.

—¿Y tú sigues pensando que solo te enamorarás de un hombre con los ojos grises? —preguntó Thelma mirando a Amanda.

Esta asintió. Desde pequeña a menudo se le repetía un sueño en el que veía unos preciosos ojos grises. Y, con lo romántica que era, intuía que eran los ojos del hombre que la enamoraría.

—Por supuesto. Creo en el destino —respondió.

—Y en las coincidencias —apostilló Johanna.

—Sé que lo que busco me busca —aseguró Amanda—. Y esos son los ojos de mi amor.

Thelma las miró. Para ella, el destino y todas esas cosas que sus amigas decían eran una tontería.

—Al final conseguiréis que vuestro padre os busque marido —declaró con sinceridad.

Las hermanas se miraron. Aunque sus padres estaban siendo muy permisivos con ellas, en realidad intuían que comenzaban a impacientarse. Deseaban verlas enamoradas, organizarles una esplendorosa boda y verlas felizmente casadas. Pero eso no llegaba. Johanna y Amanda no se dejaban impresionar por ningún hombre, y los que seguían intentándolo al final huían despavoridos a causa de su impetuosidad.

—Sinceramente, Thelma, prefiero acabar en una abadía vieja y sola a tener que calentarle el lecho a un hombre que me repugne —indicó Amanda.

—Espero que eso no llegue a pasar nunca —murmuró su amiga.

—No llegará a pasar porque, como bien sabes, creo en el destino, y esos ojos grises me encontrarán y me enamorarán —afirmó ella.

Johanna sonrió al oírlas. Su hermana era una romántica empedernida.

No era que ella no lo fuera, pero, a diferencia de Amanda, era más escéptica en el amor, pese a que en su corazón había un hombre que la había impresionado aunque solo lo había visto una vez: Alan McGregor. Lo conoció una noche en una posada. Le había bastado conocerlo para sentirlo especial, y por eso, cuando llegó a Eilean Donan, le habló a su hermana de él en secreto.

Por primera vez Amanda vio un brillo diferente en los ojos de Johanna al hablar de un hombre. Aquello era nuevo para ambas, pero su ilusión se vino abajo cuando, pasado el tiempo, Johanna comprobó que solo Iver McGregor acudía al castillo para hablar

de negocios con su padre y Alan no aparecía. ¿Por qué? ¿De verdad él no había sentido lo mismo que ella al conocerse?

Amanda rápidamente lo achacó al destino. Y le recordó que, si ese hombre era para ella, el destino lo solucionaría.

Johanna estaba pensando en ello cuando la puerta de la casa se abrió y apareció Josh.

—Se impacientan —dijo simplemente.

Las tres jóvenes entendieron de inmediato el corto mensaje, y Josh añadió dirigiéndose a su mujer:

—Lucas y tú deberíais ir con ellas para asistir a la fiesta de Eilean Donan.

—No.

—Pero...

—He dicho que no, y no insistas —replicó Thelma.

Él cabeceó. La testarudez en su mujer era algo complicado y, tras mirar a aquellas muchachas, indicó:

—Ya la habéis oído. O la amordazo para que os la llevéis, o aquí se queda.

—Si se te ocurre amordazarme, Josh —arremetió Thelma—, te juro que, cuando me suelte, seré yo misma quien regrese a Inveraray solo para matarte a ti.

Él negó con la cabeza, sonrió y, suspirando, comentó dirigiéndose a Johanna:

—Por lo que veo, el laird Marshall y su hijo Calum van a la fiesta que tus padres dan en el castillo, uniéndose a la comitiva que os custodia.

Ella asintió y, midiendo sus palabras, repuso:

—Le dije que no hacía falta su escolta. Con mis tíos y los guerreros de mi padre ya vamos más que custodiadas.

—Pero es un detalle por su parte, ¿no? —insistió Josh.

—Detalle o no —soltó Amanda—, si lo que busca es que Johanna se fije en él, ¡lo lleva claro!

—¡Amandaaaaa! —murmuraron al unísono las otras dos mujeres.

—¿Quééééé?!

Johanna se le acercó y masculló bajando la voz:

—¿Quieres hacer el favor de medir tus comentarios?

—Ni que fuera a cambiar algo que los midiera —apostilló ella.

Josh sonrió. La actitud de aquellas hermanas y su descaro en sus comentarios nunca dejarían de sorprenderlo.

—Tendréis un viaje con mucho calor. Esperaré fuera —indicó al ver que comenzaban a discutir.

Una vez que él se marchó, Thelma pidió mirando a sus amigas:

—Vale, chicas... ¡Parad!

Pero ellas proseguían enciscadas en sus cosas, y Johanna afirmó mirando a su hermana:

—Ambas sabemos que Calum y yo nunca tendremos nada. Pero en ocasiones, y esta es una de ellas, hay que ser comedida en palabras y actos por el bien de papá y de los intereses comerciales de Eilean Donan.

Amanda resopló. Le gustara o no, su hermana estaba en lo cierto.

—Tienes razón —contestó—. Tienes razón.

—Por tanto —prosiguió Johanna—, seamos respetuosas durante el viaje con Calum y su padre para no enemistar a papá con nadie.

—Vale..., vale —añadió Amanda.

Una vez que se sonrieron y se entendieron, Thelma se dirigió hacia la puerta y dijo al tiempo que la abría:

—Ahora regreso.

Las dos hermanas asintieron y, cuando aquella desapareció, Johanna cuchicheó dándose aire con la mano:

—¿Qué le decimos a papá en lo referente a los hombres?

—Pues la verdad. Que ninguno cumplía nuestras expectativas.

Ambas rieron por aquello e intercambiaron una mirada cómplice. Se adoraban.

—Este niño tiene la misma boquita que Thelma —comentó entonces Johanna mirando al pequeño Lucas, al que sujetaba en brazos.

—Y posiblemente tenga la misma narizota que su padre.

—Amandaaa —susurró ella sorprendida.

—Es la verdad, ¿no lo ves? —insistió su hermana.

Johanna asintió. Pese a lo pequeño que era, el niño ya tenía una buena nariz, y cuando iba a hablar, Amanda tocó con mimo la cabecita del pequeño y cuchicheó:

—Pero tranquilo, Lucas, aunque en el futuro tengas el narizón de tu padre, te vamos a querer igual.

—Amandaaaaa —gruñó Johanna divertida.

Todo lo que pensaba la joven lo decía, tanto lo bueno como lo malo, y, por supuesto, acompañado de su sonrisita, algo que la había metido en problemas en infinidad de ocasiones. Las hermanas se miraban riéndose cuando la puerta se abrió y entró Thelma.

—Myles y Ewen se impacientan. Es mejor que salgáis.

Con mimo, Johanna dejó al pequeño Lucas en la cunita de madera y, tras acercarse a su amiga junto a su hermana, las tres se abrazaron mientras ella decía dirigiéndose a Thelma:

—Sabes que te queremos, ¿verdad?

Ella asintió con una sonrisa.

Acto seguido salieron de la casa; Amanda miró a uno de los guerreros que las esperaban y dijo sonriendo:

—Vale, Myles, ya vamos. Cambia esa cara de asno estreñado.

—Jodida muchacha —se mofó Ewen.

Myles y Ewen, que eran los encargados de acompañar siempre en sus viajes a las dos jóvenes, intercambiaron una mirada divertida. Adoraban a aquellas muchachitas, como adoraban también a su madre, y servían con honor al laird Duncan McRae. El hombre que les había dado un hogar.

Para ellos Johanna y Amanda eran como sus hijas, y nada de lo que les dijeran o hicieran podía incomodarlos, por lo que, con la misma confianza, Myles indicó:

—Mueve tu trasero y súbete al caballo..., *contestona*.

Divertidas, las muchachas se encaminaron hacia sus impresionantes monturas mientras proseguía amaneciendo, aunque la oscuridad aún los rodeaba. Con el rabillo del ojo Johanna vio que Calum caminaba hacia ellas junto a otro guerrero.

—Bueno... —murmuró.

Al oír eso Ewen se apresuró a colocarse al lado de la joven.

Estaba ahí para protegerla. Y cuando Calum fue a tocarle el brazo para ayudarla a subir a su montura, este, interponiéndose, dijo:

—Si no te importa, ella es mi responsabilidad.

Calum lo miró.

—¿Qué eres?, ¿su niñoero?

Tanto a Ewen como a Myles les molestaba oír esa palabra. Llevaban toda la vida oyéndola por ocuparse personalmente de las muchachas.

—Ewen y Myles son nuestros tíos, no nuestros niños —siseó Johanna—. ¡Cuida tus palabras, Calum!

El guerrero asintió y, al ver que aquellos lo observaban, dijo dando un paso atrás mientras se mesaba con mimo su larga cabellera:

—Cualquier cosa que necesitéis vosotras o vuestros tíos, que ya están mayores..., no dudéis en solicitármela. Mi padre, nuestros hombres y yo estamos aquí para servirlos.

Johanna asintió. Amanda también. Y cuando Calum se alejó, Ewen cuchicheó:

—¿Ese mierdecilla me acaba de llamar «viejo» en mi cara?

Johanna se disponía a quitarle hierro, pero su hermana afirmó:

—Con todas las letras.

—Amandaaaa... —le reprochó Johanna.

Finalmente los tres rieron por aquello mientras Myles se les acercaba.

—A ese pesado tendremos que vigilarlo muy de cerca —advirtió.

Eso hizo sonreír a Johanna, que repuso:

—Tranquilo. No es mi tipo.

Ewen miró a Amanda y asintió con complicidad.

—Por los negocios de papá, no quiero ser desagradable con él ni con su padre —aclaró Johanna—, y por eso intento ser atenta y comedida.

El guerrero sonrió y, entendiéndola, indicó:

—Aquí estoy yo para ser desagradable con quien haga falta. Tú tranquila, que, aunque sea viejo y un jodido niñoero para ese mierdecilla, aún puedo cuidar de ti.

Mientras las jóvenes se acomodaban en sus caballos y observaban a Calum mientras regañaba a uno de sus hombres, oían cómo Myles y Ewen impartían las directrices del viaje. Y, tras indicar que se dirigían hacia Oban, Ewen se aproximó de nuevo a las chicas.

—Os quiero con los ojos bien abiertos y en el centro de los hombres, ¿entendido? —les advirtió.

Johanna lo miró y, antes de que pudiera abrir la boca, él señaló:

—Muchacha, no me retes con la mirada y obedece si no quieres que tu padre se entere de que le arrancaste la falda a aquel escocés.

Divertida, ella sonrió. Tarde o temprano su padre se enteraría. Todo lo que hacía, bueno o malo, siempre le llegaba.

—A pesar de que todavía no hay mucha luz, tío Ewen, tengo que decirte que hoy estás especialmente guapo —afirmó tomando aire.

—La madre que la... —se mofó Myles divertido.

Instantes después las dos hermanas McRae, tras despedirse una vez más de su amiga y de su marido, iniciaron el trayecto hacia Oban en medio del centenar de hombres de su padre y del laird Marshall.